

sentido, la experiencia más palpante y más rica está compuesta por la serie de observaciones y anécdotas que Cleaver recoge acerca de la sexualidad negra. Un día, asombrado, descubre que todos los negros de la prisión cuelgan de las paredes de sus celdas fotografías e imágenes de mujeres blancas. Allí comprende hasta qué punto la alienación cultural se ha infiltrado en ellos, para que sus ídolos sean los que imponen los medios de masas de los blancos. Simboliza el mito de la mujer blanca con la alegría del ogro, y allí es donde se ven las limitaciones de la literatura testimonial: preocupado nada más que por el sentido del símbolo, Cleaver desperdicia la oportunidad de desarrollarlo literariamente. En todos los casos usa el estilo más llano y directo, y, por eso, el más implacable. Y cuando puede elegir entre impresionar con una idea o con una imagen, se decide por lo primero, porque en último término está escribiendo para publicitar y para politizar, no para causar deleites estéticos a minorías culturizadas.

Después de haber asumido enteramente su color ("Por supuesto, siempre supe que era negro, pero jamás me había detenido a pensar en todas las posibles consecuencias de ello") comienza un profundo proceso de autoanálisis, de autoeducación y autoexpresión, cuyo resultado es este libro brillante. Este proceso lo lleva a la postre a integrar el movimiento de resistencia negra en Estados Unidos en las corrientes de la revolución mundial, aun a riesgo de escandalizar a los grupos blancos liberales, dispuestos a sentarse al lado de un negro pero no a luchar contra el imperialismo y el capitalismo. El paso dado por Cleaver es integrar a su conciencia de negro la necesidad de la lucha contra todas las formas del poder blanco, no solamente contra la segregación; así, la rebeldía se vuelve revolucionaria, apunta sus baterías contra los exponentes más hipócritas de una sociedad blanca-para-blancos.

La segunda sección del libro es más teórica y ofrece un análisis socio-cultural de Estados Unidos al amparo de sus formas visibles. Analiza la sociedad blanca de ese país en sus deportes, en sus costumbres sexuales como formas hipócritas de desarrollar el afán competitivo, el de lucro, las aptitudes como manera de supervivencia: "Nuestros deportes que constituyen un espectáculo para las masas tienen como finalidad disfrazar, a la vez que permiten su expresión, la presentación dramática, con complicada escenografía, del mito del más apto en el proceso de supervivencia".

CRISTINA PERI ROSSETTI



DOSTOIEVSKI EN
JESAPIO A LA ÉPOCA

ciales, Goethe, Keats y Rilke.

Pasa revista, en el ensayo inicial, a los intelectuales que considera más significativos: Erasmo, socializador de la cultura al crear la clase de los lectores, contracara indispensable al escritor; Maquiavelo, el actualizador de la idea, abriéndole accesos a una realidad que estaba cancelada. Alude luego al intelectual-político del siglo XIX, al representante del liberalismo que cae a caer asesinado Jean Jaurès en 1914. La crisis de la legitimidad y la industrialización de los medios de comunicación reducirán desde entonces al intelectual a una marginalidad consustancial. Descasado, peatonal, rumorará su desconcierto sumido en un modo radical, irracionalizando sus sospechas, conformista sin saberlo y sin quererlo, enredado, ante la irrupción del marxismo, en la insoluble querrela de los medios y los fines, desde que los viejos valores abstractos no hacen liga con los fines concretos que todos deben aceptar. La transición requiere orden, el gran intermediario, el de palabra veraz. Pero es difícil que surja hoy un reactualizador con la seguridad de un Maquiavelo. El breve e intenso siglo XX, con sus neobarbaries de especialización y propaganda, vuelve engorrosa toda tarea ordenatriz. Y el lugar suele estar copado además por el tecnócrata, por el que cambia todo para que no cambie el todo. Cúneo reclama finalmente fabricantes de utopías tocadas de eternidad, arraigados en su circunstancia pero abiertos a la universalidad. Entre evocaciones de Dostoiévski y de Wells, deja planteado así lo que llama el desafío de esta época.

El libro está escrito con fervor, a impulsos de una inquietud y una buena intención que tiende a diluir el estudio de su tema en una postulación y exaltación sentimental propensas a invadirlo todo, por momentos con excelente factura literaria, en general con cierta indefinición conceptual, manteniéndose en una superficie que, aunque sostenida por una bien digerida información, no ahonda todo lo que deseáramos en sus justificativos, afirmándose más bien como actitud. Hay más rigor en su crítica al marxismo, en donde recoge con eficacia transitadas acusaciones de deshumanización y cientificismo. En todos los casos, su "concordia" se parece mucho a una yuxtaposición que está lejos de provenir de frialdad, pero en donde cuesta descubrir posibilidades concretas de cumplimiento. Demuestra estar enterado de los temas que trata y los desarrolla con desenvoltura y responsabilidad, pero el precio de no tergiversarlos es ese nivel de mera buena fe en que se despliegan y en cierto modo se estacionan sus ideas. Ideas que no por eso dejan de tener indudable pertinencia y que son siempre manejadas con ponderado sentido de su alcance, pero que nos vemos reducidos a aceptar o a rechazar, sin que se nos proponga una confrontación a fondo, una opción a asumir luego de que el contrario haya dicho todo lo que tenía que decir.

WASHINGTON LOCKHART

CONCILIAR LO INCONCILIABLE

• DARDO CÚNEO: ENSAYOS DE CONCORDIA Y DISCORDIA. Buenos Aires, Editorial Galerna, 1969, 242 pp.

DARDO Cúneo recopila en este libro ensayos escritos a lo largo de un cuarto de siglo, algunos de ellos publicados en "Sur" y en "Cuadernos Americanos". Se reconoce en muchos de ellos un tema recurrente: la necesidad que siente el intelectual, "peatón" que pasea su aldeanismo y su individualismo reacio en la gran urbe masificada y alienante, de establecer la concordia sin perder lo bueno que tiene la discordia, la necesidad de asumir la contradicción y de vivir la sin mayor desmedro. Le sirven, para ilustrar y desarrollar su posición, el Unamuno acuciado por la doble convocatoria de lo económico y de lo religioso, y Péguy, en el ensayo literariamente más intenso y sostenido. Y el demócrata Whitman. Y el nacionalista-universalista Fichte. Y el socialista-humanista Fernando de los Ríos. Y en ensayos ya más desligados y par-